

PERCIBIR LA BELLEZA

LA BELLEZA COMO VÍA ASCENDENTE

“Y me admiraba de que te amara ya a ti, no a un fantasma en tu lugar; pero no me sostenía en el goce de mi Dios, sino que, arrebatado hacia ti por tu hermosura, era luego apartado de ti por mi peso, y me desplomaba sobre estas cosas con gemido, siendo mi peso la costumbre carnal.” [San Agustín, *Las confesiones*, c. XVII]

Introducción

El tema del ser es una cuestión siempre vigente y de suyo inagotable. Pues bien, ocurre con la cuestión de lo bello algo análogo. La belleza es una cuestión sobre la que siempre se puede decir *algo más*. Cuál sea la razón de esto, se halla en la convertibilidad de los trascendentales -entre ellos el *pulchrum*- con el ser, por lo que si de éste predicamos la inagotabilidad de su materia, lo hacemos, por extensión, de los demás conceptos trascendentales.

Así es que de lo bello tenemos un buen número de definiciones, que quizás puedan clasificarse a partir de dos criterios. Por un lado, la ciencia que lo aborda, ya sea la filosofía del arte, la estética o la metafísica¹. Por otro, el papel que el *pulchrum* desempeña dentro de la jerarquía de los trascendentales.

Ahora bien, desde la metafísica de la belleza, lo bello se presenta en dos momentos: *La contemplación y la percepción de lo bello*, por una parte, y, por otra, *la fuerza arrebatadora de la belleza*².

Bajo el aspecto de su percepción, nos encontramos con la ya clásica definición de lo bello, según la cual bello es *id quod visum placet*, aquello que a la vista agrada:

“En un sujeto determinado la belleza y la bondad son una misma cosa, pues se fundan en una misma realidad, que es la forma, y por esto lo bueno se considera como bello. No obstante difieren sus conceptos, porque el bien propiamente se refiere al apetito [...] En cambio, lo bello se refiere al poder cognoscitivo, pues se llama bello aquello cuya vista agrada...”³

En cuanto a la fuerza arrebatadora de la belleza, tenemos la siguiente definición: *pulchrum est quaedam boni species*, la belleza es una especie de bien⁴. Lo propio de la belleza es su contemplación y sólo de un modo derivado se puede entender su fuerza arrebatadora. Es

¹Cf. Lobato, A., *El ser y la belleza*; Herder, 1965, p. 18

²Cf. Von Balthasar, H., *Gloria*. Madrid, ediciones Encuentro, 1985, vol. I, p. 16.

³Tomás de Aquino, *Suma teológica*, I, q. 5, a. 4, s. 1. (En adelante: *ST*).

⁴ Cayetano, in I-II, q. 27, a. 1

decir, sólo por su relación con lo bueno es la belleza tal motor. La belleza sólo mueve por su bondad.

“La belleza es principio de todas las cosas, como causa eficiente y movente, y que da consistencia a todas por el amor de la propia belleza, y como fin de todas las cosas, y como lo que se desea como causa final (pues todo se hace por amor a la belleza); es también causa ejemplar ya que conforme a ella todas las cosas se delimitan. Por eso, son lo mismo el Bien que la Belleza, ya que todas las cosas, en todo orden de causalidad, apetecen la belleza y el bien, y nada hay en la naturaleza que no participe de la belleza y del bien [...]

Todo lo que existe por la belleza y la bondad, existe en la belleza y la bondad, y a la belleza y a la bondad se vuelve. Y cuanto existe y se hace, por la belleza existe y se hace, y por ella es movido y conservado, y por su amor y por ella y en ella es todo principio ejemplar, final, eficiente, formal, material; y, por fin, todo principio, toda conservación, todo fin, y, por resumirlo todo, cuanto existe, existe por la belleza y el bien.”⁵

El amor a la belleza es un movimiento, visto que todo amor es aquel movimiento en que el amante es atraído hacia sí por parte del amado⁶. El ser-arrobado, propio del amor a lo bello, se da de un modo más perfecto en tanto más bello es aquello que se ama. Y algo es más bello entre más bueno es. Por lo que se verá que este tipo de arrobo del que hemos hablado se da con propiedad en la relación creatura-creador; ya que es ésta la cúspide de toda plenitud, siendo que uno de sus sujetos es la fuente de toda perfección, es máximamente ser⁷ y por ende máximamente bondad, verdad, unidad y belleza.

Tratándose de la relación entre el ser humano y las criaturas, para que ocurra dicho éxtasis, se espera, a modo de exigencia, un cierto nivel de perfección ontológica y ética por parte del objeto bello. Se quiere decir con esto que el movimiento generado por la belleza se despierta en cuanto lo bueno o amable es asimismo agradable a la potencia cognoscitiva por su sola percepción: “La belleza, última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisoluble unión.”⁸

⁵Pseudo-Dionisio Areopagita, *De los nombres divinos*; en *Los filósofos medievales*, Madrid, BAC, v. I, pp. 505-506.

⁶ Cf. *ST I.II*, q.28.

⁷ Cf. por ej. *Super Sent.*, lib. 1 d. 8 q. 3 a. 3; *Contra Gentiles*, lib. 2 cap. 52 n. 2; *De veritate*, q. 21 a. 5 co y *Summa Theologiae*, I, q. 12. a.4 co.

⁸Von Balthasar, op. cit., p. 22

Así, la belleza tiene la peculiaridad de que en ella se funden visiblemente los trascendentales. Esta tendencia de lo bello a unificar en sí los trascendentales, se experimenta, incluso, al hacer un juicio psicofísico de una persona bella. Por cierto, se espera de ella que, esta manifiesta bondad (es decir, su belleza) esté acompañada de más “bondades”, en el sentido de que se esperan, inconscientemente, más perfecciones de quien es atractivo físicamente. Una expectativa que no suele ponerse en alguien que no es bello. Pareciera que por ser alguien bello se suponen de él otras virtudes diferentes a la sola belleza:

“Ciertamente, la belleza debe ser una desgracia para una mujer, pues esta flor efímera cuenta demasiado dentro de los sentimientos que inspira, lo mismo que la riqueza de una heredera”⁹

Verdad, bondad, belleza y ascenso del espíritu

“Arrebatarse y extasiarse es virtud exclusiva de lo que tiene forma; sólo a través de la forma puede verse el relámpago de la belleza eterna [...] sin la forma el hombre no puede ser arrebatado ni caer en éxtasis”¹⁰

Si arrebatarse y extasiarse es virtud exclusiva de la forma, para seguir la ruta de nuestra exposición, resta entender cuál es la relación que hay entre la forma y lo bello. Como es bien sabido, una de las condiciones de lo bello es la integridad de la forma¹¹. Así, se dice de una cosa que es bella en la medida en que posee todas y cada una de las perfecciones correspondientes a su esencia.

La belleza, según que es la plenitud de una forma y supone un ser-arrobado -en razón de lo bello y de una trascendentalidad de la que es huella- suscita en el hombre la necesidad de trascenderse y, en último término, de *religarse*:

“Todo arte noble es religioso, como un homenaje a la gloria del ser. Cuando desaparece su dimensión religiosa, el homenaje degenera en complacencia sensual; cuando se rebaja la gloria aparece como residuo lo comúnmente llamado “bello”. Las palabras de Goethe a Riemer lo expresan con sorprendente humildad para su época: ‘Los hombres sólo crean poesía y arte mientras son religiosos; después se vuelven simplemente imitadores y reiterativos, como *nosotros* respecto a la antigüedad, cuyos

⁹Balzac, H., *La búsqueda de lo absoluto*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1971

¹⁰ Von Balthasar, op. cit. p. 34

¹¹ *ST*, I, q. 39, a. 8

monumentos eran objeto de fe y sólo han sido imitados por nuestra fantasía' (julio de 1810)"¹²

De ahí que, el arte para que sea trascendente, tiene que remitir fuera de sí mismo, es más, fuera del mundo; tiene que hacerse eco de la *fuga mundi*:

“La inteligencia humana es llevada por las cosas sensibles hacia Dios [...] Por ello, en el culto divino son necesarios ciertos actos corporales que, a modo de signos, excitan al alma a actos espirituales que unen el hombre a Dios”¹³

El verdadero arte es, por tanto, generador de símbolos y metáforas del espíritu, a través de los cuales da gloria y manifiesta la belleza de Dios. De ahí que, tal como advirtiera J. Ratzinger:

“Admirar los iconos, y en general los grandes cuadros del arte cristiano, nos conduce por una vía interior, una vía de superación de uno mismo y, en esta purificación de la mirada, que es purificación del corazón, nos revela la Belleza, o al menos un rayo de su esplendor. Precisamente de esta manera nos pone en relación con la fuerza de la verdad.”¹⁴

El arte consume su teleología al invitar al hombre a fijar su atención en el Absoluto trascendente, que es Dios. Por lo que podríamos decir que es el arte un canal no discursivo por medio del cual el hombre es capaz de trascenderse:

Sin embargo, a través del arte es posible también acceder a la falsificación de la belleza. Se trata, en general, de una belleza falaz que aprisiona totalmente al que contempla y le hace encerrarse en sí mismo:

“Es una belleza que no despierta la nostalgia por lo Indecible, la disponibilidad al ofrecimiento, al abandono de uno mismo, sino que provoca el ansia, la voluntad de poder, de posesión y de mero placer.”¹⁵

No es otro el objetivo perseguido por ciertas imágenes publicitarias que “con habilidad extrema están hechas para tentar irresistiblemente al hombre instándolo para que se apropie de todo y busque la satisfacción inmediata en lugar de abrirse a algo distinto de sí.”¹⁶

Esto quiere decir que la belleza se puede falsificar y manipular. En la medida en que es esplendor (de la verdad, del bien y de la unidad), a veces, es posible sustituirla por el *brillo*

¹² Balthasar, Hans urs von. (1986) Gloria. Madrid: ediciones Encuentro. Vol. IV: Metafísica. Edad Antigua, p. 18

¹³ ST, II-IIæ, q, 81, a, 7, in c.

¹⁴ Card. Ratzinger, J., *Mensaje a los participantes en el «Meeting» de Rímini*.

¹⁵ Card. Ratzinger, J., *Mensaje a los participantes en el «Meeting» de Rímini*, 21 de agosto de 2002, http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/2003/august/documents/hf_jp-ii_spe_20030824_meeting-rimini_fr.html

¹⁶ Ibid.

que puede fascinar más rápido los sentidos que el esplendor¹⁷. Eso se puede apreciar en las personas, pero también en los discursos que bajo una retórica atractiva esconden falsedades profundas.

Percibir la belleza

En el anterior párrafo discutimos la verdad y la bondad de la belleza misma, que conduce hacia lo que nos trasciende. Pues bien, nos proponemos ahora concebir cuál debería ser la relación entre una obra o un objeto bello y su espectador, de modo que pueda gestarse en éste la experiencia de lo bello y de lo trascendente. Se trata de las disposiciones éticas que generan la aptitud de apreciar la belleza verdadera y buena.

Al virtuoso las cosas se le presentan tal como son¹⁸. Sólo él está en condiciones de apreciar la belleza esencial, pues, sólo a través de los apetitos ordenados se puede percibir la luz inteligible de la belleza en cuanto *splendor formae*:

“Ha habido épocas dominadas por la representación, durante las cuales, y debido a la multitud de formas existentes, era natural experimentar el *kalonkagathon* (bello y bueno) hasta tal extremo que era muy fácil caer en la tentación de deslizarse de la forma originaria a las derivadas. Cuando estas formas secundarias se rompen y se hacen sospechosas de no ser más que ideologías, resulta a la vez más difícil y más fácil reencontrar los orígenes de la forma. Más difícil porque la mirada no se halla acostumbrada a contemplar la forma, pues se está habituado a mirar las cosas de abajo a arriba y no del todo a la parte. Nuestros ojos, avezados como los de los insectos a descomponer la realidad en mil facetas diferentes, sólo se adaptan a lo fragmentario, a lo cuantitativo; poseemos una visión puramente analítica del mundo y del alma y somos incapaces ya de ver la totalidad.”¹⁹

¿Qué condiciones debe reunir quien contempla lo bello para que dicha contemplación lo conduzca por la vía ascendente de la belleza? Tal como dijimos, la obra, en tanto que bella, evoca a través de su forma la nostalgia de un destino superior y trascendente. Así como hay muchas maneras de ser malo, pero solamente una de ser bueno²⁰, asimismo, ocurre con la belleza que únicamente hay una forma de ser bello. Para que algo sea bello debe ser “un

¹⁷ Cf. Llano, A., *Humanismo cívico*; Barcelona, Ariel, 1999.

¹⁸ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*; J. Palli Bonet, Madrid, Gredos, 1993, II, 4: “El hombre bueno, en efecto, juzga bien todas las cosas, y en todas ellas se le muestra la verdad.” (En adelante: *EN*).

¹⁹ Von Balthasar, op. cit., vol. I, p. 28

²⁰ Cf. *EN*, II, 6.

homenaje a la gloria del ser”; así como guardar la misma proporción que hay de la parte al todo.

En primer lugar, conviene tener presente que para Santo Tomás la belleza en sí misma, de cierto modo, es relativa²¹. No porque dependa estrictamente de las disposiciones del sujeto, sino porque depende: tanto de la de la naturaleza propia de la cosa y de su fin, como de las condiciones formales bajo las cuales se toma: por más bella que sea una cosa puede parecer bella a unos y a otros no, porque sólo es bella bajo algunos aspectos que los unos descubren y los otros no. Puede ser una cosa bella en un lugar y no bella en otro, o para una cultura y para otra no.

En este sentido, ha puesto de relieve Antonio Ruiz Retegui²², que la captación de la belleza va unida tanto a la naturaleza universal como a la individual. En efecto, según explica dicho autor, la teleología de la naturaleza humana es la base de que ciertas manifestaciones del *pulchrum* sean percibidas o puedan serlo por todas las personas. Hay hermosuras que son tales para todas las personas que tengan la capacidad de detectar la presencia de la verdad y del bien presente en cada naturaleza específica y en cada individuo de la especie²³.

Pero la teleología individual permite sentir afinidad por cierto tipo de belleza. Por ejemplo, a algunas personas le gustan mucho, le parecen hermosos, los perros, a otras los caballos; la música.²⁴ En realidad, estas cosas tienen elementos suficientes para resultar atractivas para cualquier ser humano, pero sólo alcanzan cierta resonancia en algunos individuos cuyas disposiciones muestran sintonía con dichos elementos.²⁵

Esto quiere decir que la belleza de las cosas está ahí, pero se necesita una dotación natural o un especial afinamiento o educación en los sujetos para percibirla, que de hecho pueden ser muchos los que coincidan en tal apreciación.

Según esto, la captación de la belleza verdadera exige una afinidad o connaturalidad entre el sujeto que percibe y la cosa bella. Bajo este aspecto, se puede hacer extensivo a la percepción estética lo que Aristóteles enseña acerca del “buen discípulo”²⁶. En efecto, solamente es apto para entender la bondad moral quien tenga cierta experiencia en el bien.

²¹ Tomás de Aquino, *In psalmos Davidis expositio*, Super Psalmo 44: “Et ideo alia est pulchritudo unius, alia alterius.”, <http://www.corpusthomicum.org/iopera.html>.

²² Cf. *Pulchrum: Reflexiones sobre la belleza desde la antropología cristiana*; Madrid, Rialp, 1999, p. 31 y ss.

²³ Cfr. *ibid.*, p. 35-36.

²⁴ Cfr. *ibid.*, p. 36.

²⁵ Cfr. *idem*.

²⁶ Cfr. *EN*, I, 3.

Así, estará en condiciones de captar la luminosa inteligibilidad de la belleza espiritual quien tenga su afectividad connaturalizada “con las cosas del espíritu”.²⁷

La experiencia de lo bello está transida toda ella por la educación de los apetitos, de lo contrario, la apariencia de la belleza falaz ocupará el lugar de aquella otra de la que es imagen y de la que debe dar cuenta.

Para que la contemplación de la belleza pueda cumplir su telos propio de conducir al que contempla por la vía ascendente del espíritu que va de las cosas visibles hacia las invisibles. Esto es, para que la percepción de la belleza permita al sujeto trascenderse tras ser arrobado por lo verdaderamente bello; para eso, es preciso concebir el *pulchrum* inseparablemente de sus raíces metafísicas, así como someterse a toda una *pedagogía del deseo* que, mediante la virtud ética, induzcan a las inclinaciones a connaturalizarse con la auténtica belleza.

Si bien es cierto que “está en la naturaleza misma de las cosas que se dé un progreso auténtico”²⁸, está claro que, sólo a razón de la ya mentada connaturalidad, puede el espíritu elevarse de la belleza mundana a la belleza subsistente, toda vez que comprende la belleza creada en su condición de huella de la belleza eterna; no obstante, para que ocurra tal progreso el hombre debe forjar su espíritu de tal manera que pueda primero gestar en sí la disposición de trascenderse siempre.

Jefferson Wiles Linares

Wilmar Javier Medina Lozano

Liliana Beatriz Irizar

²⁷ I Corintios 2:14.

²⁸ Von Balthasar, *Gloria*, Vol. I, cit. p. 37